

Migrar con el corazón en la maleta

María Magdalena
Sarraute Requesens

*Migrante Venezolana
en México*



El adiós nunca se dice de verdad

Migrar duele
en lugares que ni sabías que tenías.
Duele en la voz,
cuando callas el miedo,
la incertidumbre del futuro.
Duele en la piel,
cuando te arrancas del calor que te nombra.
Duele en los ojos,
porque se llenan de futuro y de pasado
al mismo tiempo.

Aquel día,
cerré la puerta de mi casa por última vez.
Y sin saberlo,
cerraba también una parte de mí
que nunca más volvería igual.
Dejaba atrás mi ciudad,
mi Maracay, ciudad jardín
donde aprendí a caminar,
a leer,
a amar.

Dejaba las carcajadas en la acera,
las empanadas mañaneras
las arepas infladas como sueños.
Dejaba mi historia
en suspenso,
con puntos suspensivos tatuados en el pecho.

Y tú... tú solo caminas
con el corazón colgando en un pabilo,
como una vela que se enciende
pero no quiere consumirse.

No fue una salida grandiosa.
No hubo fiesta.

Solo un susurro en la madrugada:
*"Nos vemos, mamá, papá... los llamo cuando
llegue."*

Ser fuerte en ese momento
no fue fácil.
Mis hijos/as me abrazaban,
me jalaban el alma
para que no me vaya.

Guardé las primeras lágrimas
para la terminal de autobuses
que me llevó a la frontera con Colombia,
las siguientes
en cada aeropuerto,
en cada vuelo,
hasta llegar a México.

La migración tiene su protocolo:
guardar las emociones
en una bolsita Ziploc,
junto al pasaporte
y el pan con diablito.

Y ahí estaba yo,
con los zapatos llenos de barro emocional,
subiéndome a un avión
que me alejaba de todo
y me acercaba a algo
que no conocía.

El cielo era el mismo,
pero mi vida cambiaría su camino.
No se migra con los pies.
Se migra con el alma,
con los recuerdos,
con los silencios,
con las palabras que no cupieron
en la despedida.

Y a veces, incluso,
con culpa.
Porque irse también es dejar.
Y dejar
duele más que irse.

Llegar es otro verbo que también duele

México me recibió
con los brazos abiertos...
luego del robo,
y de tantos sufrimientos.

Llegar fue una mezcla de asombro y abismo.
Todo era distinto:
el aire,
las voces,
los significados.

La primera palabra que escuché fue:
“¿De dónde era?”
Y mi acento,
como pasaporte visible,
se adelantó a mi historia.
Mi voz me delataba
antes de poder explicar mis raíces.

Ciudad de México:
inmensa,
vibrante,
desbordada.

Sus calles, un laberinto.
El metro, una aventura.
El clima, una sorpresa.

La comida...
ay, la comida:
picante, deliciosa, ajena.
Y yo, siempre dispuesta.
Probar ha sido mi forma de decir: *estoy viva*.

Pero lo más fuerte no fue el cambio cultural.
Fue la transformación interna.

Llegar duele
porque implica reconocer
que ya no estás
donde te conocen,
donde te nombran
sin preguntar.

El anonimato pesa.
El ego se desploma.
La nostalgia muerde.
Lo nuevo no se comprende.

Mis primeras semanas
fueron un mosaico de contradicciones:
gratitud por estar viva,
por un techo,
por un plato de comida.
Pero también miedo.
Un miedo hondo.
Un miedo de no saber el futuro.
Culpa por lo que dejé.
Agotamiento de la montaña rusa emocional
que vivía.

Dejar lo que fui, sin olvidar quién soy

Buscar trabajo fue otra muralla.
Hubo promesas falsas.
Tuve que dejar mis egos,
mis diplomas,
mis reconocimientos,
mis certezas.

Trabajé en casas de familia.
También en una universidad
que pagaba poco,
pero me dio lo más grande:
amigos,
afectos,
una nueva familia.

Allí no me desconectaba
de quién era.
Allí, aún enseñaba,
aunque fuera con otras maneras.

Pero no estar legal en nuevas tierras
no es sencillo.
¿Mi nombre?
¿Mi acento?
¿Mi historia?
Todo parecía estar
bajo sospecha.

Y aun así...
uno se dobla,
pero no se rompe.

Porque al migrar,
una aprende a ser como la flor de loto:
bella,
abierta al sol,
flotando sobre el fango.

Desde el centro del abismo

Dicen que empezar de nuevo
es una oportunidad,
pero a veces
se siente como castigo
con disfraz de promesa.

En Venezuela,
yo era otra:
la que sabía,
la que enseñaba,
la que ofrecía el conocimiento
como quien reparte luz.

En México,
por un tiempo,
fui la que preguntaba,
la que pedía,
la que aprendía
otra vez
a ser.

Tuve que vaciarme.
Soltar títulos,
referencias,
estatus.
Soltarme a mí,
para encontrarme distinta.

Y en ese vacío,
comencé a llenarme
de nuevos rostros,
nuevas formas de hacer,
nuevas maneras de ser útil
desde el alma.

Un día,
sin darme cuenta,
ya no era la recién llegada.
Era parte del paisaje.
Del ruido,
del ritmo,
del alma colectiva
de una ciudad que ya no me veía ajena.

Comprendí, entonces,
que los saberes no se pierden.
Se reconfiguran.
Se abren como flores en tierra extraña.

No dejé de ser.
Me transformé.
No estaba por debajo de lo que fui,
sino más cerca de lo que podía ser.

Y así,
en el corazón de México,
comencé a renacer.
No como antes.
No como soñé.
Sino como la mujer
que vuelve a tejerse
con otras palabras,
otros horarios,
otros pasos.

Mis arepas,
compartidas entre tacos y tamales,
sabían a encuentro.

Mis recuerdos,
geografía emocional en conversación,
enseñaban más que mapas.

Mis manos,
que hacían oficio,
también hilaban afecto.

Tejían humanidad
en cada gesto cotidiano.

Y entendí, por fin,
que el abismo no era fin.
Era inicio.
Era semilla.
Era raíz flotante buscando agua.
Y la encontré.

Raíces en tierra prestada

Hay árboles que crecen en macetas,
y aun así florecen.
Así me sentí los primeros meses en México:
desubicada,
pero viva.

No tenía tierra propia,
pero tenía hambre de echar raíces.
No buscaba solo trabajo:
buscaba pertenencia.
No quería solo sobrevivir:
quería vivir de nuevo,
con todos los sentidos.

Fue en los pequeños gestos
donde encontré la primera humedad
que nutre el alma:

una señora del mercado
que me dijo “mi hija”
como si mis heridas fueran parte suya;

una vecina
que me regaló tortillas recién hechas
y me habló sin preguntarme por papeles;

una amiga chilanga
que me enseñó a hacer pozole
y me dejó llorar
sin decir "no llores".

Los afectos empiezan así:
como gotas.
Y luego son lluvia.
Y luego, río.
Y luego,
familia.

En México encontré amigas
que no hablaban como yo,
pero sentían como yo.
Corazones en distinto acento,
pero con el mismo temblor.
Encontré un nuevo amor
de esos que son para toda la vida

Gente que me abrió la puerta
de su casa,
de su historia,
de su mesa.

Gente que me preguntó por Venezuela
no desde la lástima,
sino desde la curiosidad que abraza.

Gente que no me pidió
modificar mi acento,
sino que lo celebró
Que se apropiaron de nuevas palabras
como quien recibe un canto distinto.

Gente que me llamó y a quién llamo
"hermana"
Gente que llamaron sobrinos a mis hijos
y ellos tíos
sin pedirnos documentos.

Y entendí que no migramos solos.
Migramos en colectivo,
incluso sin saberlo.

Migramos con los abrazos
que nos dan otros migrantes,
con los consejos
que ya alguien ha probado,
con las manos tendidas
de quienes no preguntan "de dónde vienes"
sino "¿cómo estás hoy?"

Y así,
una mañana cualquiera,
caminando por una calle,
con el sol en la espalda
y la nostalgia como sombra,
me sorprendí pensando:
"Esto ya me parece casa."

Aunque mi acento todavía suena
como quien toca la puerta,
aunque mi bandera duerme
en otra frontera,
aunque la nostalgia aún respira bajito
en las noches más largas,
algo en mí sabía
que ya no estaba perdida.

Estaba, sí,
en tránsito,
pero también
estaba construyendo un nuevo hogar.

Uno sin paredes fijas.
Uno con olores compartidos.
Uno donde caben mis recuerdos
y mis nuevos amores.

Uno donde
soy extranjera,
pero no ajena.

Historia, piel y casa: el renacer migrante

Hay que tener el alma abierta
para aprender.
Y migrar
es eso,
un curso intensivo de humildad.

En México,
la historia se respira:
en las piedras del Templo Mayor,
en los grafitis que gritan justicia,
en las cicatrices del '68,
en los cantos del Zócalo,
en Frida,
en Zapata,
en las danzas que aún recuerdan
lo que los libros olvidan.

Yo venía con mi duelo venezolano
a cuestas,
con el miedo de no volver a los míos
Y pasó, sin poder haber estado
en el lecho de muerte
De mi padre amado
como quien carga una patria deshilada
en una maleta rota.

Tuve que hacer espacio
para la historia de este pueblo,
que también ha sido herido,
silenciado,
resistido.

Y en ese espejo
empecé a verme distinta.

Aprendí que la identidad
no es una bandera,
es un proceso.
Que la patria puede ser
el lugar donde no tienes miedo
de soñar.

Ser de aquí o de allá
no pesa tanto
cuando aprendes a ser
con los otros.

Descubrí geografías que no conocía
Comí chapulines,
y los encontré poéticos.
Me perdí en mercados
llenos de flores,
aromas,
colores y ruidos,
y me dejé abrazar
por esa fiesta cotidiana.

Cada cultura es un libro abierto.
Y leerla con respeto,
con asombro,
es también una forma de agradecer.

México no solo me dio trabajo y techo,
me dio historia,
me dio arte,
me dio ternura.

De cicatriz y renacimiento

Migrar es una herida que no sangra,
pero deja cicatriz.
Es una escuela sin pupitres,
donde aprendes
con el cuerpo,
con el alma,
con la espera.

Al principio,
me rompí muchas veces.
Lloré en baños públicos.
Envié mensajes con la voz rota.
Soñé que volvía a casa
y despertaba en una ciudad distinta,
sin fotos,
sin olores,
sin abrazos de infancia.

Pero un día,
sin darme cuenta,
ya no lloraba tanto.
Respondía "estoy bien"
sin mentir.

Caminaba sin GPS.
Sabía qué ruta tomaba el microbús.
Reconocía los nombres del metro
como quien empieza a nombrar
su mundo de nuevo.

Resiliencia no es aguantar.
Es transformarse.
Es doblarse sin quebrarse.
Es volverse raíz,
aunque la tierra sea ajena.

No me hizo inmune al dolor.
Me hizo amiga de él.
Le di un espacio en mi vida,
pero no el centro.

Y también,
aprendí a celebrar.
A reír con ganas.
A bailar sin saber los pasos.
A abrazar sin miedo.
A decir
"ya no me duele tanto",
aunque a veces, sí doliera.

Con el tiempo,
la migración dejó de ser
solo herida.
Se volvió luz.
Una luz rara,
pero mía.

Ya no era la misma,
pero tampoco peor.
Era otra.
Más fuerte.
Más amplia.
Más yo.

Donde hubo tránsito, ahora hay hogar

Hoy,
cuando cocino arepas
con queso Oaxaca,
sé que no traiciono a mi tierra.
Estoy mezclando mis mundos,
como quien junta dos cielos
en una sola mañana.

Honro de dónde vengo
y celebro dónde estoy.

Hoy,
cuando escucho a Lila Downs mientras limpio,
cuando pongo papel picado junto a una cruz
de palma,
cuando digo "chingón"
sin que me suene ajeno,
sé que México ya no es
solo el país que me recibió.
Es uno de mis hogares.

Y Venezuela...
Venezuela vive en mí.
En mi voz.
En mi sazón.
En mis gestos.
En la forma en que abrazo y narro.

Tengo dos patrias.
Una de origen.
Una de reconstrucción.
Ninguna por encima de la otra.
Ambas
me hacen ser
quien soy.

Porque el alma también migra,
pero no se olvida.
Solo se expande.

Un himno íntimo a quienes migramos

A ti,
que estás leyendo esto
y también migraste,
te abrazo.
Con la certeza
de que cada palabra aquí
la lees no como texto,
sino como espejo.

A ti,
que estás pensando en migrar,
no tengas miedo de tener miedo.
Pero tampoco tengas miedo
de florecer.

Y a ti, México,
gracias.
Por no exigirme que deje de ser
para poder pertenecer.
Por darme posada,
aunque llegué
con los pies rotos.

Por enseñarme
que el amor
no tiene acento
y que el hogar
puede comenzar
con la alegría
en una taza de café compartida.

Yo, migrante,
no tengo una sola raíz.
Soy rizoma.
Soy puente.
Soy voz que cruza mares.
Soy nombre nuevo,
sin olvidar el antiguo.

Migré con dudas.
Pero sigo con amor.
Y si me preguntan
quién soy ahora,
respondo:

**Soy esa quien ha migrado.
Y, aun así, o precisamente por eso,
sigo siendo yo.**

